

Atyseikuiwandiú, o los avatares de la cruel sangre

JUAN BERNARDO GUTIERREZ MONTOYA *

“El día de Nuestro Señor del 10 de septiembre del año 1531...”

Según cuentan las crónicas, se paseaba por la ciudad de Valladolid el joven artista Fernando Pasamonte, después de varios días de ser visto, cuando, en un ataque de locura, corrió el espacio que separaba la fuente de Argales de su taller, dando grandes gritos que alarmaron a los vecinos del trayecto. Días después y en vista de sus misteriosas desapariciones, su casa se vio invadida por una multitud que seguía al alguacil y a los corchetes encargados de la diligencia. De lo que encontraron los visitantes se habló por decenas de años en aquella ciudad, y la inmensa popularidad del caso fue la excusa de que se sirvió un viejo judío de Sevilla, cuyo nombre no deseo recordar, para cobrarme una fortuna por unos papeles que a todas luces parecían el diario de Fernando Pasamonte, escrito de su puño y letra los días anteriores a su desgracia.

Pero, ¡cómo cree que puedo ser mercantilmente amable, con alguien que lleva por nombre dos recordatorios del santoral cristiano, *señor Juan Bernardo!* decía mientras se movía inquieto arreglándose el gorro circular con una mano y estirando sus barbas con la otra.

Si bien al héroe de este relato se le reconocen sus inmensas dotes con el

* Escritor colombiano radicado en Santafé de Bogotá, egresado del Taller de Escritores de la Universidad Central.

cincel, es de anotar que con la pluma no fue ni en poco un Cervantes. Me he visto obligado a cambiar algunos párrafos escritos en español arcaico, y han sido muchos otros los que se han perdido por estar caligrafiados con trazos ilegibles.

Sin más preámbulo, nos cuenta Fernando:

"Día primero de la narración de mi desgracia.

La razón de escribir no es la de intentar cambiar de profesión, ni la de enterar a mis cultos vecinos del estado de ánimo en que me encuentro, sino la de desahogar mi espíritu en la soledad de la pluma, ya que con amigos no cuento y aquellos que me conocen me harían llegar seguramente hasta los tribunales del Santo Oficio.

Las necesidades de cambiar mi capa raída y alimentar el cuerpo que arrastro _que parece ya sólo estar en hueso y pellejo_, me obligaron a tomar más trabajo del que es sanamente aconsejable y en esta razón creo hallar la pérdida de la facultad, que por diferenciarme del animal, tanto al cielo agradezco.

Hace días, cuando me encontraba terminando afanado un trabajo, con el que el corregidor de Calatayud me honrase, tuve en malahora la idea de hacer una escultura sin encargo, es decir, de mi propio encargo que por carecer de dinero es como si no existiese encargo alguno y, sin tener definida la idea de lo que quería sacar de la roca.

Llegose aquella noche y el señor Corregidor con la señora corregidora se presentaron en mi humilde taller, y pagaron largamente el servicio que con tanto esmero les presté dejando a su paso algunos escudos de oro, como mi buena fama me permitió exigir.

Más tarde, en la soledad de la madrugada inicié el trabajo para mí mismo, con dos botellas de buen vino sacudiendo el mundo con mi cabeza, hasta hacer el nuevo sol sombra al movimiento de mis brazos, que poco a poco lastimaban la piedra.

El oro que tenía en ese momento me permitió no trabajar más que en mi proyecto durante días, hasta que las formas perfectas asomaron bajo el

martillo y fue entonces como si despertara del sueño de varias noches, pues en ese momento tuve conciencia de que lo que sacaba de la piedra era ni más ni menos que una mujer como las que don Pedro García mostró en unos grabados traídos del Nuevo Mundo. ¡Grande fue mi sorpresa al ver una mujer de las Indias en mi taller!, aunque de piedra, por lo que cubrí con una sábana sucia el trabajo para evitar cualquier mirada indiscreta.

Lo que salió de mi ingenio fue una mujer sentada en un grueso y bajo tronco, torsidesnuda, de senos firmes y generosos, de largos cabellos que parecían enredarse como serpientes por su cuerpo; la cara, de pómulos salientes y ojos ligeramente rasgados, me sonreía claramente; los brazos sutiles se estiraban por entre las piernas, terminando sobre un pedazo de roca amorfo, sin esculpir, como si trabajara una masa de barro.

Estaba agotado en verdad, así que Morfeo me tomó sin gran esfuerzo y me llevó a un sueño pesadísimo que lejos de descansar me devolvió al mundo agotado en mitad de la noche, pero sin deseos de pegar más las pestañas. Seguramente por la impresión que en mí causó la nueva escultura, el sueño que tuve fue con aquella india.

Me vi por entre descomunal vegetación, sin compañía, atarido por el canto de una niña. Al aguzar el oído logré localizar la fuente del sonido y al llegar, tratando de hacer el menor ruido posible, pude ver la modelo de carne y hueso de la india que había en mi taller, en la misma posición en que fue esculpida. Me hablaba en extraño lenguaje al que yo, más extrañamente aún, comprendía. Me mostró emocionada una figura de barro que trabajaba entre sus piernas y que pude identificar conmigo mismo, pero deformado hasta el ridículo, y hecha con tan mala mano que no pude reprimir la burla. Recuerdo haber pensado dentro del sueño, hacer una figura similar, en las manos de la estatua.

La mujer de extrañísima y muy agradable belleza pareció enojarse con mi bufa y bastantes ruegos me costó el volverle a arrancar una sonrisa, hasta que al fin, alegrada por mis ruegos, me reveló su nombre: Atyseikuiwandiú, a lo que yo entendí: Mujer Nacida en la Luna Llena.

Como bastante largo me pareció su nombre, convinimos que en adelante la llamaría Aty. Me mostró luego el lugar de su vivienda, extrañísimo para mí por estar construido de madera en tronco y a su alrededor los más

raros árboles de un verdor desconocido. En su hogar me mostró muchísimas figuras de barro, desproporcionadas, definitivamente feas, con una desagradable rugosidad en su superficie.

Decidí enseñarle los secretos de la escultura a pesar de carecer de herramientas, pero el barro, tan trabajable, no parecía necesitarlas, así que pasamos directamente a las proporciones de las formas que tan descaradamente ella atropellaba. En eso estábamos cuando me sentí arrancado de su lado y desperté en mi taller.

No puedo negar que aquella fantasía me dio más ánimo para trabajar y mejorar la nueva escultura, cosa que hice durante el día deteniéndome escasamente para acomodar un chorizo con un poco de vino en mi barriga, porque valga decir que mejor sitio no ha existido para los embutidos, jamones y demás platos.

Al atardecer tuve que detenerme por la imprevisión de no conseguir sebo para las lámparas, así que sin más remedio me dispuse al sueño, a pesar de ser aún temprano para tal cosa, y, como secretamente ansiaba, repetí la visita del día anterior a mi nueva amiga que en esos momentos dormía el amanecer y me acogió sin mucha complicación a su lado.

Vastas maravillas me mostró en su mundo aquella mañana; aves desconocidas cantaban bellamente, los árboles obsequiaban con su sombra a quien la solicitase; los hombres se conocían entre sí y entre sí eran amigos; las peleas _según me contó Aty_ las resolvía el más anciano de todo el pueblo.

Ella aprendió pronto las técnicas que le enseñé, y las puso en práctica de inmediato haciendo innumerables figurillas, en las que yo aparecía esculpiendo, paseando por Valladolid, durmiendo, despertando, estas y muchas más. Una vez almorzando dormí la siesta y desperté en mi taller, apesadumbrado por perder la compañía de Aty y agotadísimo, pero sin deseos de dormir de nuevo.

La misma imprevisión que sufrí entonces la sufro ahora; no tengo sebo para las lámparas, debo detener la escritura por hoy.

Día segundo de la narración de mi desgracia.

En malahora tuve el deseo irreprimible de beber un buen vino y por no haber sabido nunca dominar mis impulsos, me sacié hasta quedar dormido. Aconteció que con el sueño hice una nueva visita, adornada de cierto tufillo, a Aty, quien al recibirme no pudo ocultar su desagrado. Bastante enojo me causó su desprecio y arremetí furiosamente contra cada figura de barro que se encontraba a mi alcance. Me avergüenza escribir que Aty llevó la peor parte de mis golpes, creo recordarla en el piso ensangrentada.

Al despertar de la borrachera intenté seguir trabajando, pero encontré entre las manos de la Aty de piedra una reproducción exacta de mi persona.

—¡Vamos, que habéis aprehendido (sic) rápido!

Examiné con detenimiento la figurilla sin encontrarle defecto, era mejor de lo que hubiera podido hacer cualquier maestro de Europa. Tomé un cincel y la arranqué cuidadosamente del bloque de mármol para poderla observar a la plena luz del sol; mi rostro aparecía perfecto, pero tenía una expresión tan hosca, maligna, que me asusté. Puse la estatuilla donde estaba y salí de mi casa.

Esto ha sido ayer en la mañana. Estuve en la fuente de Argales, echando abundante agua sobre mi cabeza para tratar de espantar los avatares del vino. El agua se llevó, con algo de suciedad, los rostros de la embriaguez que me impedía comprender que un personaje de mi sueño, un ser de fantasía, no puede esculpir en el mundo real.

Regresé a casa dando grandes voces. Perdí la razón, estoy seguro de ello. Atribuyo mi locura al encierro al que me sometí por terminar esta necia obra legado del sueño malsano del vino. Pero todos los recuerdos de Aty son tan tangibles que me asalta una terrible duda... ¿En verdad fui yo quien soñó a Aty, o no soy sino una fantasía, un sueño en la mente de una india en el Nuevo Mundo? Tal vez sea parte de mi locura el creer esto, pero estos pensamientos se escapan de mi control al ver las manos perfectas de Aty que al parecer acaban de moldear todo mi taller. ¡Qué tonto he sido al pensar que fui yo el maestro!

Tengo ahora frente a mí la estatuilla, voy a destruir esta diabólica obra con el mazo que ayudó a construirla..."